

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 1.º DE OCTUBRE DE 1888→

Núm. 353

REGALÓ Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



GALERÍA DE MÁQUINAS (De fotografía de los Sres. Audouard y Compañía, concesionarios exclusivos)

## SUMARIO

TEXTO. — Nuestras grabados. — *A cadena perpetua*, por don Luis M. de Larra. — *Infelices administrados*, por don Juan Valero de Toros. — *El azúcar del carbón de piedra*, por don José Rodríguez Mourelo. — *Noticias varias*.

GRABADOS. — *Exposición Universal de Barcelona. — Suplemento artístico: Idilio del mar*, cuadro de W. Kray.

## NUESTROS GRABADOS

## EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

GALERÍA DE MÁQUINAS. — EL UMBRÍCULO (*exterior*). — EL UMBRÍCULO (*interior*). — INSTALACIONES AL AIRE LIBRE. (*En primer término la instalación de los Sres. Audouard, fotografías*). — INSTALACIONES BELGAS. — LA NAVE CENTRAL, *Sección oficial del gobierno*. — INSTALACIONES DE ESPAÑA. — PABELLÓN EN LA SECCIÓN MARÍTIMA. — INSTALACIONES DE ESPAÑA. — INSTALACIÓN OFICIAL DE FRANCIA. *Porcelanas de Sevres y tapices de los Gobelinos*. — INSTALACIONES DE SUECIA Y NORUEGA. — INSTALACIONES DE ESPAÑA. — PABELLÓN DE HONOR EN LA INSTALACIÓN DE HUNGRÍA. (*Copia todos de fotografías de los Sres. Audouard y Compañía, concesionarios exclusivos*)

## SUPLEMENTO ARTÍSTICO

## IDILIO DEL MAR, cuadro de W. Kray

A falta de mejor título, el autor de este bellissimo cuadro le ha calificado de idilio, sin tener en cuenta que su argumento ó asunto ni es pastoril ni amoroso, únicos conceptos en los cuales encaja la aplicación *idilica*. Ello, empero, y por razón de analogía, cabe admitir que esa joven sirena y ese niño de carácter indefinido puedan ser personajes de una escena que tiene de idilio la calma placida y la inocencia que domina en el lugar, en la fisonomía y en la actitud de los elementos que constituyen el cuadro.

En su ejecución ha demostrado el artista hasta qué punto puede dominarse la idea de lo sobrenatural, reduciéndola á formas que, con ser humanas, nada pierden en el concepto poético y fantástico que vulgarmente se atribuye á los seres ideales. A estos resultados no se llega fácilmente cuando el artista no penetra en el mundo de lo desconocido bajo la guía de un talento sólido y bien cultivado.



## Á CADENA PERPETUA

BOCETO DE BUENOS CARACTERES Y MALAS COSTUMBRES

## I

Dice un adagio vulgar que «es bueno tener amigos aunque sea en el infierno,» y yo creo que en el infierno teológico y en todos los demás infiernos de la vida humana (que son más de los que parecen) es más indispensable tenerlos. En el paraíso celeste y en el terrenal, ó lo que es lo mismo, en la fortuna, en la felicidad y en la dicha, sobran amigos. Ellos mismos se vienen sin llamarlos: brotan del suelo espontáneamente como los hongos; acuden presurosos al banquete; solicitan las invitaciones para el baile, y no hay sitio para tantos ni en el *buffet*, ni en el *lunch*, ni en el *rauth*, ni en la *matinée*, ni en la *sauterie*, ni en ninguna de las alegres manifestaciones extranjeras, que toman en seguida carta de naturaleza en todos los países dichosos de la tierra.

En la buhardilla, en la tienda-asilo, en la cárcel, en el hospital, en la miseria, en la desgracia, en fin, es donde los amigos escasean. Y por eso, permitiéndome yo enmendar la plana á los inventores de adagios y refranes, me atrevo á rectificar el que he citado al principio de este boceto de malas costumbres, diciendo: «Bueno es tener amigos, sobre todo en el infierno.»

Y por eso fué una felicidad para don Benito Martín de Freixe tener un amigo en el infierno de perplejidades y dudas que asaltaban su vida á los 35 años cumplidos, y decidido á tomar una de esas determinaciones que cambian para *in eternum* la existencia de un hombre, en los países regidos por las doctrinas del cristianismo. Las dudas y las penas de Benito no hubieran tenido razón de ser allá por tierras de Mahoma, por países no civilizados aun, donde el hombre se casa con cuantas mujeres puede mantener, donde repudia tranquilamente á la esposa que no le da fruto de bendición y donde está establecido el divorcio por un quitame allá esas pajas. Verdad es que en esos países bárbaros los hombres y las mujeres no viven en lazos clandestinos perpetuos, antes y después del matrimonio; verdad es que allí un amigo del esposo ultrajado si encuentra á aquella *señora* en un mal paso, puede im-

punemente darle un golpe de guma ó yatagán y decirle á su amigo: — «Te he hecho el favor de despachar á tu esposa al otro barrio,» — y otras barbaridades por el estilo; pero en cambio no hay *flors*, ni *avisos útiles* que sean una especie de *diario adulterino*, ni el hombre se encuentra nunca en el triste y difícil caso en que se encontraba don Benito Martín de Freixe.

Había decidido casarse; pero eso no era tan fácil como parecía. No le faltaba la novia. Esta era una joven bien educada, con sus padres correspondientes, sus hermanos y sus primos de cajón, sus regulares bienes de fortuna, su rostro adocenado, y su peinado acabado en punta sobre el centro del cráneo, á manera de veleta de torre, y su almohada posterior, de esas que dan á las mujeres un desarrollo puntiagudo y desagradable en lo más plano y redondeado de su hechicero individuo. Era, en fin, la novia de Benito una de esas muchachas en punto y sazón de convertirse en señora de su casa y madre honradísima de familia.

¿Cuáles eran, pues, las perplejidades de Benito, y para qué necesitaba un amigo? Vamos á saberlo en seguida. Benito tenía una naturaleza ardiente y un carácter emprendedor. Había amado mucho y amaba todavía. Sus aventuras amorosas de todos géneros habían llenado su juventud de placeres sin cuento, de lances chistosísimos y de distracciones pecaminosas; pero una sobre todo, una, la *actual*, la *presente*, le tenía, hasta cierto punto, atado de pies y manos. La pícara Victorina había desbancado á todas sus rivales; se había enseñoreado del corazón y, lo que es peor, del domicilio de Benito, y hacía *seis años* que compartían en paz y sin gracia de Dios, casa, mesa, bolsa y cuanto disfrutaban de mancomún las parejas de distinto sexo bajo el dulce yugo del santo matrimonio. En una palabra, allí no faltaba más que la epístola de san Pablo; pero como Benito quería casarse *sin antecedentes* para oír la epístola con otra mujer, lo que allí sobraba era Victorina.

Y aquí del amigo. No es cosa tan fácil decir á una mujer con quien se vive hace seis años: — «Si te ví, no me acuerdo; aquí no ha sucedido nada; me caso con otra, y estoy á los pies de usted.» — Toda mujer, sea cual sea su

pasado, se cree con el derecho de casarse con el Preste Juan de las Indias; toda pecadora se erige por su propia voluntad en Magdalena arrepentida, y no hay Dama de las Camelias que no exija ser redimida por el primer tonto que se encuentra en su camino. Si á esto añadimos que Benito no daba dinero á Victorina, y que las mujeres que más cuestan son las que no cuestan nada, tendremos que Benito decidió buscar un amigo que le sacara de tan embarazosa situación, y que este amigo no podía ser otro que su constante compañero de aventuras, su casi maestro en el *ars amandi*, y su vecino don Carlos de Peñalva, soltero como él, aunque sin aditamentos femeninos en su domicilio. Carlos llevaba 16 años á Benito; era algo más rico que él, y sobre todo tenía mucho más que Benito de práctica de la vida y de conocimiento de las miserias humanas.

— ¡Demonio! ¡Tú tan temprano por estos barrios! — dijo Carlos á su amigo, al verle una mañana á las nueve y media de pie junto á su cama y con cara dificultosa. — Deja que me levante, y siéntate sobre todo.

— Carlos, me sucede una cosa extraordinaria.  
— ¿Qué es eso? ¿Vas á batirte?  
— No, amigo mío.  
— ¿Estás arruinado? ¿Te han cogido en alguna quiebra?  
— No.

— ¿Has descubierto que Victorina te engaña?  
— ¿A mí? ¡Ave María! Nada de eso, — contestó con rapidez Benito con un aire de suficiencia digno de envidia.  
— ¿Estás enfermo? — continuó Carlos.

— No te canses. Es... ¡que me caso!  
— ¡Diablo! Eso es gravísimo. Vengan detalles.  
— Pocos son necesarios. El hombre á cierta edad debe pensar en su porvenir: yo tengo esa cierta edad y he pensado en el mío. Ya sabes que el mejor chocolate es el de la fábrica de Chamartín.

— No; es el de los padres Benedictinos. Hay quien prefiera el de Matías Lopez; no falta quien habla mejor de la Compañía Colonial, ó de la Española; pero á mí...

— No hablemos de esos; yo tomaba siempre el de Vázquez, ¡pero como el de Chamartín, ninguno!

— Me parece que estamos algo lejos de tu matrimonio.

— Te equivocas; estamos en él. El dueño de la fábrica del chocolate de Chamartín es el padre de mi futura.

— ¡Acabáramos!

— Es un grande hombre. Buen cacao, exquisito azúcar y preciosa hija. ¡Qué educación, qué cara, y cómo habla francés, y tocar el piano, y hacer pastillas!...

— De chocolate, naturalmente.  
— De todo. Una esposa modelo. Un millón de dote.  
— Adelante, adelante.

— Dada mi situación anormal, dado mi modo de vivir con Victorina... la cuestión de mi boda ofrecerá muchos inconvenientes manejada por mí mismo. Pero teniendo un amigo leal la cosa varía. El amigo leal eres tú, y contigo cuento para que me allanes las dificultades.

— ¡Ah! ¡El amigo leal soy yo!

— Pues claro. ¿Qué debe ser un amigo? Un ser que no disfruta directamente de nuestras dichas y que se sacrifica por nosotros en la desgracia. ¿Por qué se dice que el perro es el amigo del hombre? Porque el hombre exige de sus

amigos que tengan la conducta del perro. El hombre come la carne, y el perro los huesos. Pegas al perro y te lame la mano: le echas de tu lado y vuelve siempre á tu puerta. Eso debe ser un amigo, y por eso he contado contigo:

— Muchas gracias. Tu elección me honra. Puedes decir lo que exiges de mí.

— Para casarme con Amelia, es indispensable que rompa antes con Victorina. Aun sin casarme, Victorina es ya imposible. Figúrate que le ha dado por lo sentimental. Me hace pasar las horas muertas mirando á la luna. Hace versos y quiere que yo también los haga. Me llama Palermo, porque dice que Benito es muy prosaico. Me riza el pelo antes de acostarme, y hace seis años que parezco un perro de lanas. Ya comprendes que no quiero más endechas ni más tenacillas. Ella te aprecia mucho; la haces mucha gracia; por consiguiente, tú eres el que debe darle la noticia... prevenirla con tino, y devolverla todos estos paquetes de cartas llenas de amor y de lunas y de endecasílabos.

— ¡Hombre, hombre!... Considera...

— Considera tú que si soy yo quien le da las cartas y la noticia, el desenlace está previsto: le da un ataque de nervios, ó dos, ó tres seguidos; prorrumpo en sollozos; me llama Palermi, se arroja en mis brazos... yo me conmuevo... (porque yo me conmuevo siempre); la pido perdón... ella me lo concede... y mañana vuelta á rizarme el pelo, y vuelta á caer yo en esta cadena perpetua!

— Hombre... este es un asunto muy delicado...

— Si Victorina fuera una mujer como hay tantas, la cosa me tendría sin cuidado. Con dos letras y unos cuantos billetes de banco... en paz. Pero felizmente, es decir, desgraciadamente Victorina es una mujer honrada, en toda la acepción de la palabra...

— ¡Ah! En toda la acepción...

— Sí, Carlos, sí, Con que no hay más que hablar. Vivimos á dos pasos. Vas, le hablas, le devuelves mis cartas...

— Pero, ¿y si no se convence? Si á pesar de todo lo que yo le diga...

— ¡Qué demonio! Tú no eres joven, pero estás bien conservado. No eres guapo, pero tienes gracia y experiencia y atrevimiento. Si ella no se convence... atrévete á todo... y suplántame.

— ¿Qué? ¿Tú quieres que yo...?

— Es un favor que te pido, y que, después de todo, no es tan desagradable!

— ¡No, no! Pero tú mismo me has dicho que Victorina no es de esas mujeres á las que...

— No; pero es de esas mujeres con las que...

— Vamos, es como todas las mujeres que...

— No hay que hablar más. Gracias, Carlos, y adiós. Ten valor: la escena va á ser terrible... Síncopes... lágrimas... quizás se quiera tirar por el balcón...

— ¡Hombre! ¡Qué horror!

— ¡Es tan impresionable! ¡Me quiere tanto! En fin, en dos horas despachas el asunto. Sé elocuente; consuélala. Le das las cartas y te vuelves á tu casa. Yo vendré luego á saber el resultado, á darte las gracias y á activar los asuntos para mi boda...

— ¡Pero, Benito!...

— Nada, nada: ¡eres ó no mi amigo! Adiós; valor, firmeza y hasta luego.

Y sin más palabra, Benito salió de casa de Carlos como alma que lleva el diablo. Quedóse Carlos absorto contemplando el voluminoso paquete, y se dispuso á salir de casa para cumplir, con todas sus consecuencias, el delicado y expuesto encargo de su amigo. No habría transcurrido un cuarto de hora y aun estaba poniéndose la corbata, cuando, introducida por el criado, entraba en el gabinete de Carlos una señora vestida elegantemente de mañana.

— ¡Cómo! ¡Es usted, amiga Victoriana! ¡Usted en mi casa! ¡Qué casualidad! Ahora mismo me estaba yo vistiendo para ir á la de usted.

— ¿De veras? Pues Benito ha salido antes que yo. No le encontrará usted.

— No iba yo á ver á Benito.

— ¿No? Pues, ¿á qué iba usted, mi querido amigo?

## II

Y sentándose Victorina en una fumadora, escudriñó con una rápida mirada el semblante algo cabalístico de Carlos.

— Las señoras son primero; usted ha venido á honrar mi casa, y hasta que no me diga el motivo, no podrá saber el de mi proyectada visita.

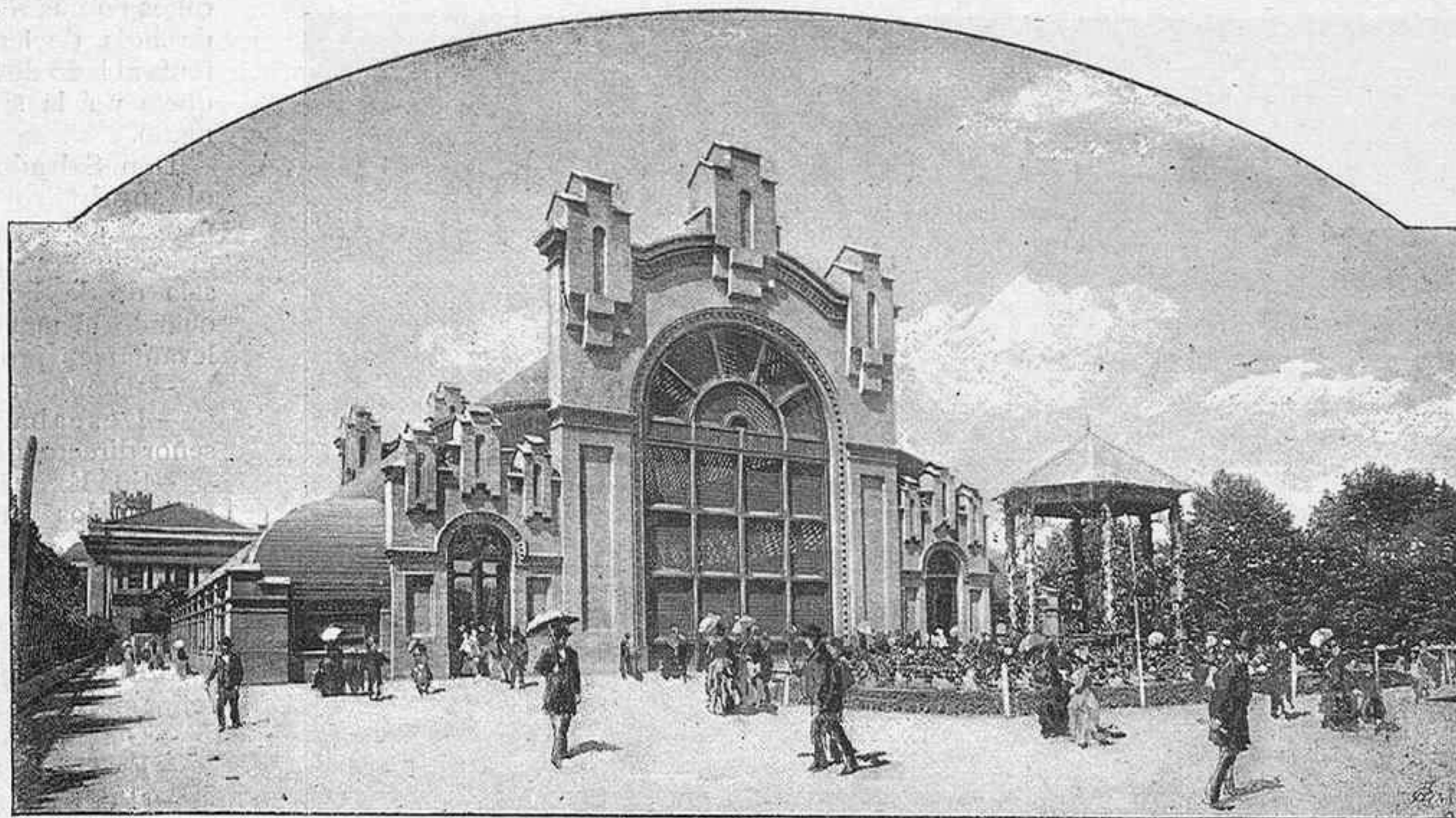
— Pues bien; cuanto antes mejor. Usted es el mejor amigo de Benito. Sabe usted lo que entre ambos ha mediado... y vengo á que usted le prepare para soportar una gran desgracia.

— ¡Demonio! — exclamó Carlos. — ¿Qué desgracia es esa?

— Desde hace algún tiempo, Benito está insufrible. Se ha hecho prosaico, va echando tripa, se queda dormido en su silla después de comer, me quiere enseñar á jugar al ajedrez... No hay en él poesía, ni arranques, ni pasión, en fin, amigo mío, nuestra situación se ha hecho insostenible y estoy resuelta á que concluyan nuestras relaciones para siempre.

— ¡Calla! ¿De veras? — exclamó Carlos asombrado.

— Y tanto, que aquí traigo sus cartas y sus retratos y varios recuerdos íntimos... Ruego á usted que se los entregue, que recoga los míos, y le consuele en la catástrofe. Sólo usted, que es su mejor amigo, puede llevar á buen término misión tan delicada. Benito llorará... es tan



Exposición Universal de Barcelona. — EL UMBRÁCULO (exterior)

impresionable... me quiere tanto... que puede cometer algún disparate.

Carlos no pudo contener una carcajada homérica que hizo levantarse de su asiento á Victorina entre enojada y confusa.

— Perdónese usted, amiga mía, mi franca hilaridad, pero ¡es tan cómico lo que sucede!

— ¿Cómico? No comprendo.

— Pues juzgue usted: Benito, temiendo por su parte que se tiraría usted por el balcón, me acaba de dar las cartas de usted para hacer el cambio de documentos que usted misma solicita. Más claro: Benito se ha adelantado á sus deseos de usted y se despide de usted para siempre.

— ¿Qué? ¿Benito me abandona?... ¿Me deja?... ¡Jesús!... — y entre sollozos, suspiros, lágrimas y síntomas de patalé, tiró la silla en que estaba sentada y comenzó á pasearse agitada.

— ¡Cobarde! ¡Miserable! ¡Bandido!... ¡Ese hombre por quien lo he sacrificado todo... juventud... belleza... por quien me he comprometido... porque, créalo usted, yo me he comprometido por él...

— No digo lo contrario.

— Hoy me abandona cobardemente, me desprecia, me insulta, y ¿por qué? para casarse quizás con alguna estúpida, de quien se burlará un día como se ha burlado de mí.

— Yo no lo sé, señora; pero cálmese usted, puesto que usted misma quería concluir con él.

— No es lo mismo, — exclamó Victorina fuera de sí. — Que yo le deje, pase; pero que él me deje á mí primero, eso es indigno, infame. ¿Qué le he hecho? ¿En qué le he ofendido? ¿De qué se queja?

— ¡Oh! De nada; está contentísimo con usted, demasiado contento; hace un momento me lo decía: «Si yo riño con Victorina, no es porque ella me falte, sino porque me sobra.»

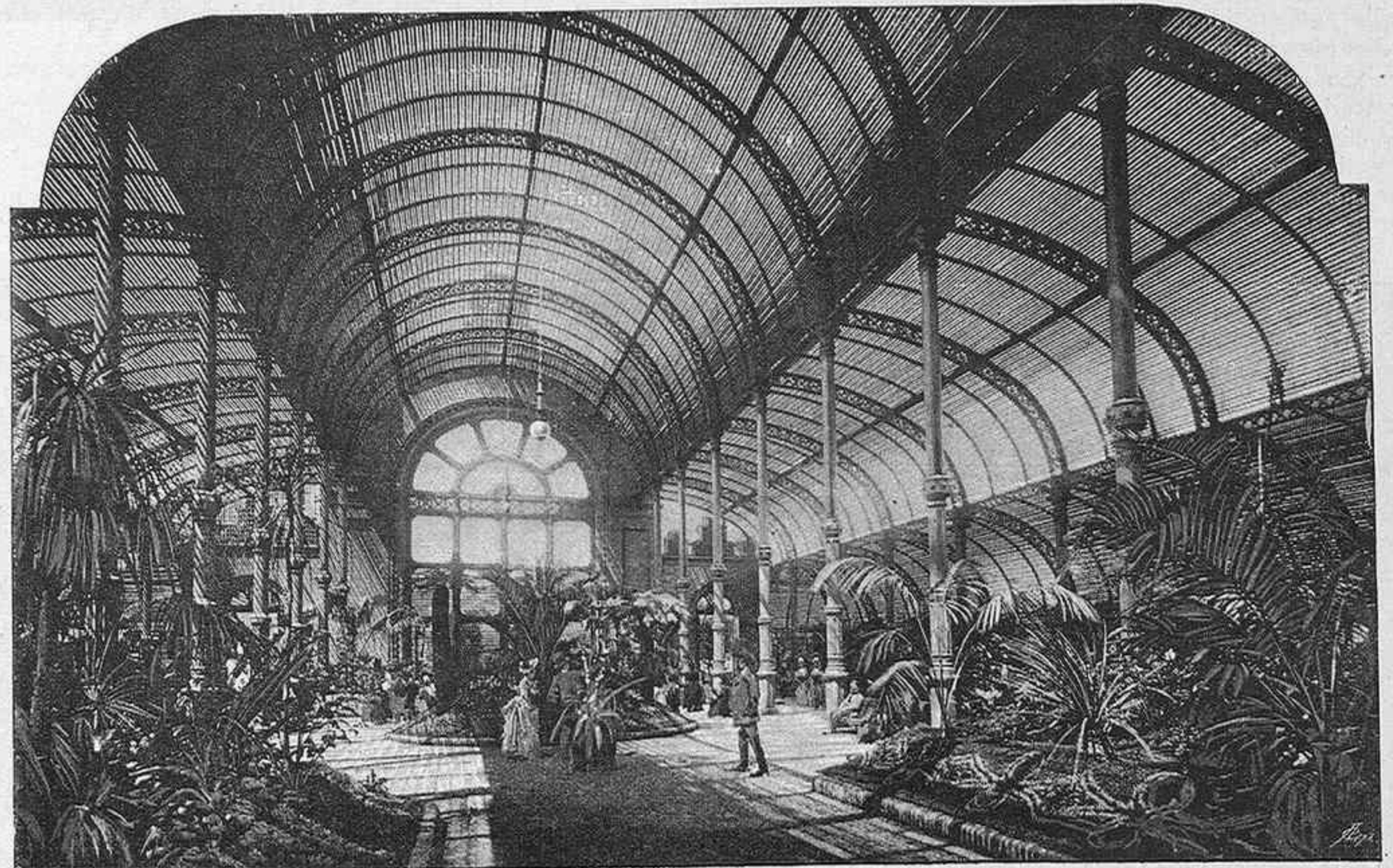
— ¡Cómo! ¿Eso ha dicho, el miserable?

— No precisamente, pero lo ha dado á entender; y francamente, ustedes no pueden ya congeniar. Usted está cada día más delgada; él cada vez más gordo. Usted se ha vuelto extremadamente poética; él excesivamente prosaico. Usted se empeña en rizarle el pelo, él le enseña á usted á jugar al ajedrez; de modo que la incompatibilidad de humores no puede ser más manifiesta.

— Pero ¡dejarme él primero! Eso no se puede tolerar.

Y con este tema y moderando unas veces su crisis nerviosa y excitándola otras con frases entrecortadas é irasci-

bles lamentaciones transcurrió más de una hora. Un fuerte campanillazo dado á la puerta exterior, interrumpió la escena; el criado vino de puntillas á anunciar á Carlos rápidamente que era Benito quien llamaba; y Victorina, no queriendo verle, accedió á esconderse en la alcoba de Carlos, mientras durase la nueva entrevista de los dos amigos. Aun no había acabado de desaparecer la ondu-



Exposición Universal de Barcelona. — EL UMBRÁCULO (interior)

sobre una butaca y apoyó su barba en la mano izquierda en señal de meditación profunda...

IV

Un cuarto de hora después cruzaban la calle, de brazo, en íntimo y animado coloquio, Victorina y Benito.

lante falda de Victorina por la puerta de la alcoba de Carlos, cuando Benito aparecía por la de la sala con el sombrero echado hasta las cejas y la fisonomía descompuerta.

III

— ¡Hola, Benito! ¿Ya de vuelta? ¡Mala cara traes! ¿Qué te sucede?

— Un horrible presentimiento. ¿Has visto á Victorina? ¿No ha querido atentar contra su vida en un rapto de desesperación?

— Tranquilízate, hombre; no sólo está todo arreglado según tu deseo, sino que ella misma me ha entregado tus cartas antes de que yo le diera de tu parte las suyas.

— ¡Ella también quería concluir nuestras relaciones! ¡Olvidar nuestro amor eterno!

— Sí, me parece que su amor, era tan eterno como el tuyo.

— Pero ¿de qué se queja? ¿qué motivos le he dado para esta ruptura?

— Eso lo sabréis vosotros. Me parece que debes estar bien contento, puesto que has conseguido lo que deseabas, con poco trabajo de mi parte y pocas dificultades de la suya.

— Sí, muy contento; pero ya ves, cuando con tanta facilidad olvida á un hombre que tanto ha hecho por ella, no es difícil que tenga ya escogido otro que me reemplace.

— Todo es posible; y como yo tengo mucho que hacer y en mi casa estáis como en la tuya, aquí te dejo. Reflexiona si quieres, cástate si te se antoja, corre tras Victorina si te conviene, ó tírate al viaducto si no encuentras solución más tranquila.

Y esto diciendo, y sin aguardar la respuesta de Benito, salió Carlos de su casa, dejando á Benito confundido y absorto.

Al ruido de los pasos de Carlos la cabeza de Victorina asomó por la puerta de la alcoba. Benito se dejó caer

Carlos les saludó al pasar; ellos apenas le contestaron; pero él, sonriéndose maliciosamente y echándolos una bendición, murmuró entre dientes:

— ¡Hicieron las paces! ¡Pobres imbeciles! Ya están condenados á cadena perpetua.

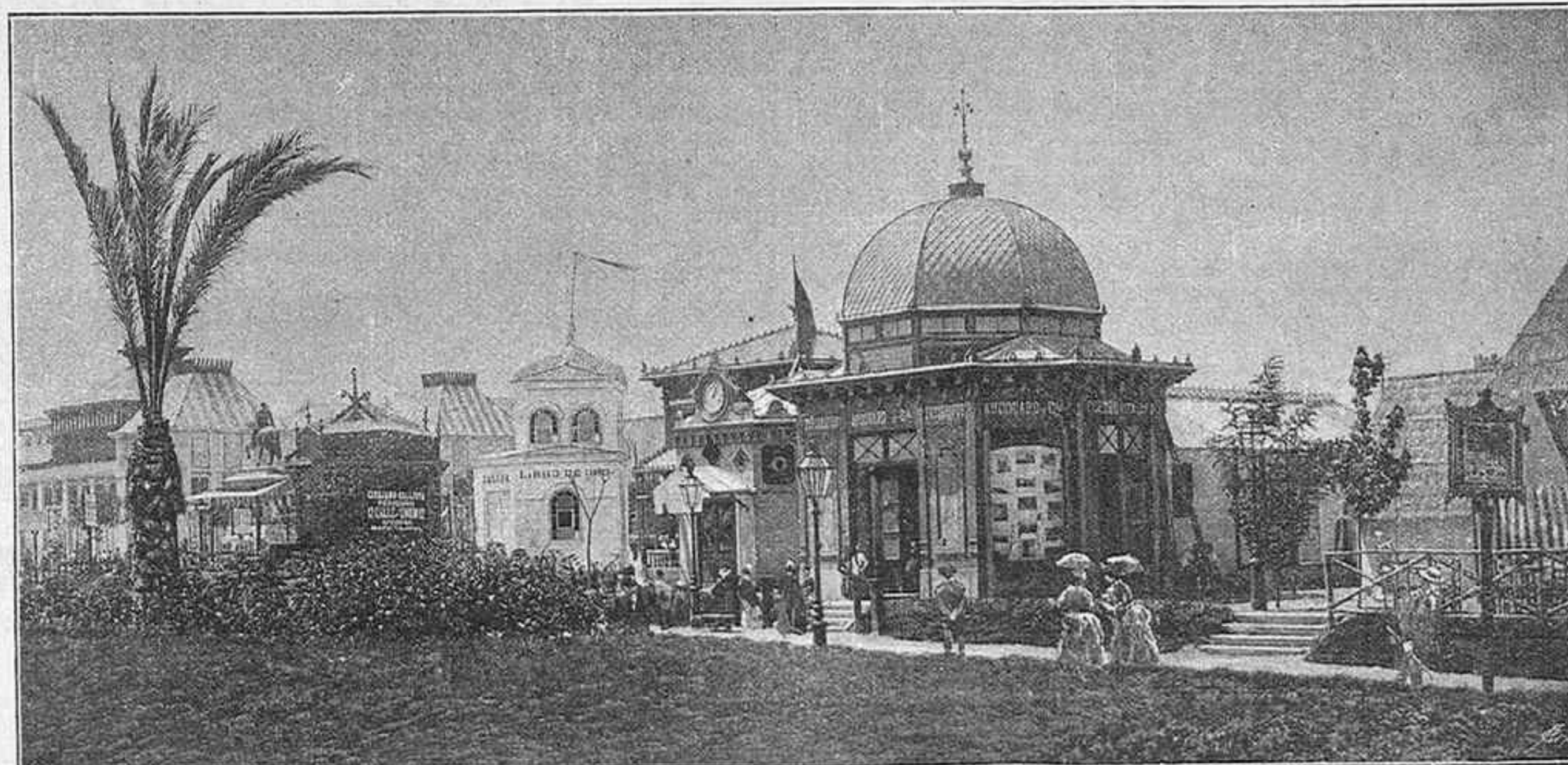
LUIS M. DE LARRA

INFELIOES ADMINISTRADOS

Por el exprés del Norte llegó á Madrid, á las nueve de la mañana del día 15 de agosto de 1881, don Salvador Giménez, vecino de Aldehuela, rico propietario y hombre entusiasta por las mejoras materiales de su pueblo.

Don Salvador, que es uno de aquellos castellanos viejos que toman en serio la política y la administración; que trabajó cuánto estuvo á su alcance para que se cumpliera el real decreto sobre la edificación de cárceles de partido; que cuando don Francisco Silvela, siendo ministro de la Gobernación, pidió á los gobernadores una memoria sobre el estado general de las provincias, él, que era alcalde, trabajó quince días sin levantar mano para remitir al jefe de su provincia los datos relativos á Aldehuela, que, entre paréntesis, no tuvo el gusto de ver publicado jamás llegaba á Madrid en comisión de su pueblo, para un asunto importantísimo en su localidad, y creía ¡el iluso! que á Madrid y para asuntos relacionados con la Administración, puede llegarse en el verano.

Provisto de dos cartas para el director general de... y contando con el diputado del distrito, que en papel con



Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIONES AL AIRE LIBRE (En primer término la instalación de los Sres. Audouard y Compañía, 'otógrafos')

membrete del Congreso le había hecho los ofrecimientos á millares, nuestro don Salvador, después de ojeado por los representantes de las casas de huéspedes y la gente de tralla, que acosan en las estaciones de Madrid á los viajeros mucho y más incómodamente que en cualquier provincia de tercer orden, fué á alojarse á la fonda de los Leones de Oro, en la calle del Carmen.

A las doce, con un sol canicular, nuestro buen provinciano se dirigió al Ministerio de... Dirección general de...

Entró en la portería, y ya hubo de llamarle la atención el espectáculo que se ofreció á su vista.

Casi completamente cerradas las maderas de la antesala que hacía las veces de despacho de los porteros y ordenanzas; el mayor, sentado detrás de una mesa (de aquellas que gastaron los covachuelistas), con la silla suspendida de los dos pies traseros y la cabeza apoyada en la pared, dormitaba,

abanicándose perezosamente. Otro portero, en mangas de camisa, cepillaba la flamante librea de dorado galón, y un mozo, echado en una banqueta, cantaba á media voz:



Exposición Universal de Barcelona. - INSTALACIONES BELGAS

«Tengo un niño chiquitín  
Que se llama Nicolás...»

acompañándose por el procedimiento de dar con los nu-

su canto, - ahí está el señor Pérez.

- ¿Por dónde? - se atreve á argüir el pobre vecino de Aldehuela.

dillos en una regadera de hoja de lata que tenía al lado de la banqueta y á la siniestra mano.

Don Salvador, con el sombrero en la mano, se prepara á atravesar aquella antesala de la holganza, cuando el mayor, sin levantarse, pregunta:

- ¿Dónde va usted?

- Deseaba ver al señor director general.

- Su Excelencia está en los baños de Arcachón.

- ¿Quién ha quedado al frente de la Dirección?

- El Excelentísimo señor subsecretario.

- Deseaba verle.

- Está en la Granja.

- ¿Podría ver al segundo jefe?

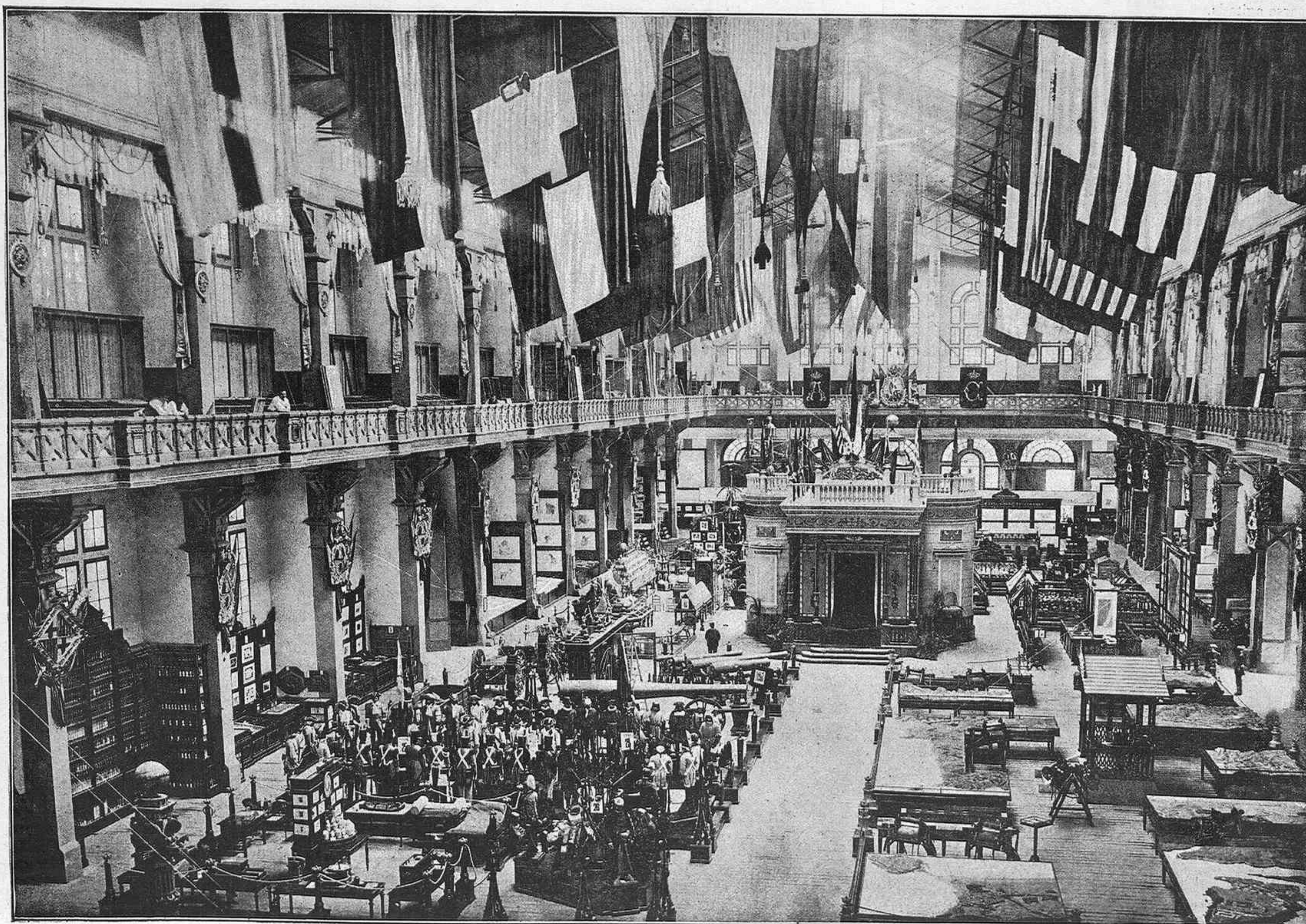
- No, señor; marchó ayer al sardinero.

- ¿Y el jefe del Negociado de...? - insistió don Salvador, que deseaba enterarse del asunto.

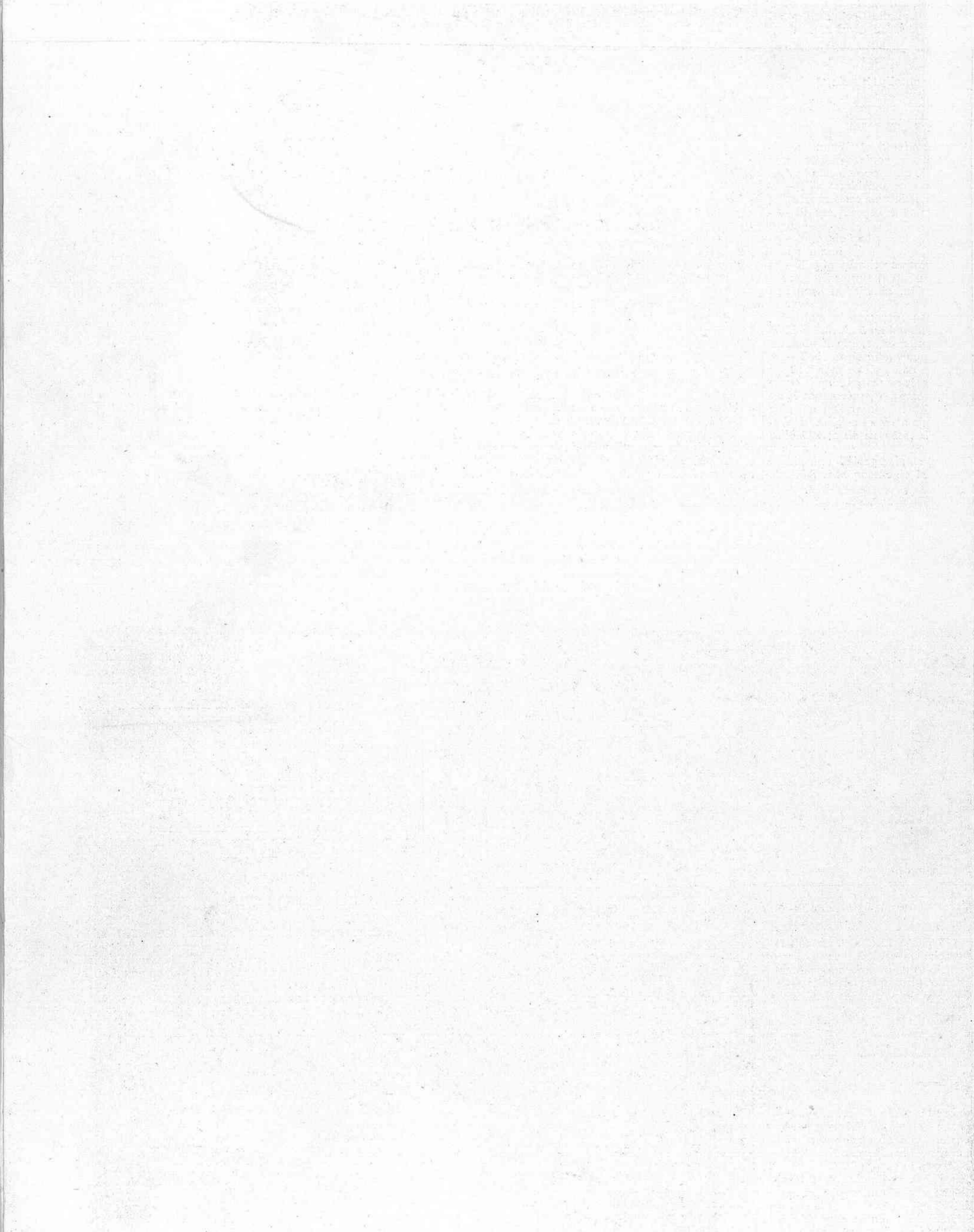
- No está; tiene la familia en el Escorial; se fué el viernes y no volverá hasta el lunes.

- ¿No hay ningún señor del Negociado de...?

- Sí, - dice el mozo, que interrumpe



Exposición Universal de Barcelona. - LA NAVE CENTRAL: SECCIÓN OFICIAL DEL GOBIERNO





IDILIO DEL MAR, CUADRO DE W. KRAY

- I  
 Y e  
 introd  
 tambí  
 gado,  
 mesas  
 Do  
 á esca  
 dirige  
 no ha  
 El  
 emple  
 - g  
 - A  
 debe e  
 que al  
 Y a  
 una pe  
 un ho  
 Nu  
 entien  
 de po  
 noticia  
 retira  
 espera  
 del di

En  
 de las  
 calle  
 vive G  
 tado p  
 de nu  
 ñidore  
 Aun  
 cultiva  
 lo mer  
 las car  
 ben; si  
 mesas  
 interés  
 esto á  
 estanc  
 su pop  
 ha sost



— Pase usted por aquí.  
Y el segundo portero le introduce en un despacho, también muy obscuro y regado, en el que hay doce mesas y dos empleados.

Don Salvador comienza á escamarse al ver que le dirigen á una mesa en que no hay nadie.

El portero pregunta al empleado que está al lado:

— ¿Y el señor Pérez?

— Acaba de salir, pero debe estar en la casa, porque ahí está su sombrero.

Y al decir esto señala una percha en que campea un hongo.

Nuestro hombre, que entiende que el sombrero de por sí no puede darle noticias de su asunto, se retira entre confuso y desesperado, y se dirige á casa del diputado del distrito.

\*\*

En un entresuelo de una de las últimas casas de la calle de Claudio Coello vive Germán Laredo, diputado por Aldehuela, y uno de nuestros primeros mudidores.

Aunque cunero, procura cultivar el distrito, y, por lo menos, contesta á todas las cartas que se le escriben; siempre haciendo promesas y manifestando su interés por el país. Unido esto á que ha dado varios

estancos, todos los peones camineros y algunos peatones, su popularidad va ganando en el distrito: como además ha sostenido la necesidad de unir Aldehuela á la capital

de la provincia por medio de un tranvía de vapor, y como, repito, contesta á todos los electores que le escriben y aun recibe á alguno, don Salvador fué á casa de don

— ¡Qué escándalo, don Salvador, qué escándalo!... pero yo cuidaré de que el asunto se despache; mañana á las once le espero á usted aquí en mi casa; le diré lo que

Germán lleno de ilusiones.

Le anunció el criado, y don Germán, ¡si sabría cultivar los distritos! recibió en la cama á nuestro provinciano.

— ¿Qué hay, don Salvador? ¿Qué le trae á usted por esta casa?

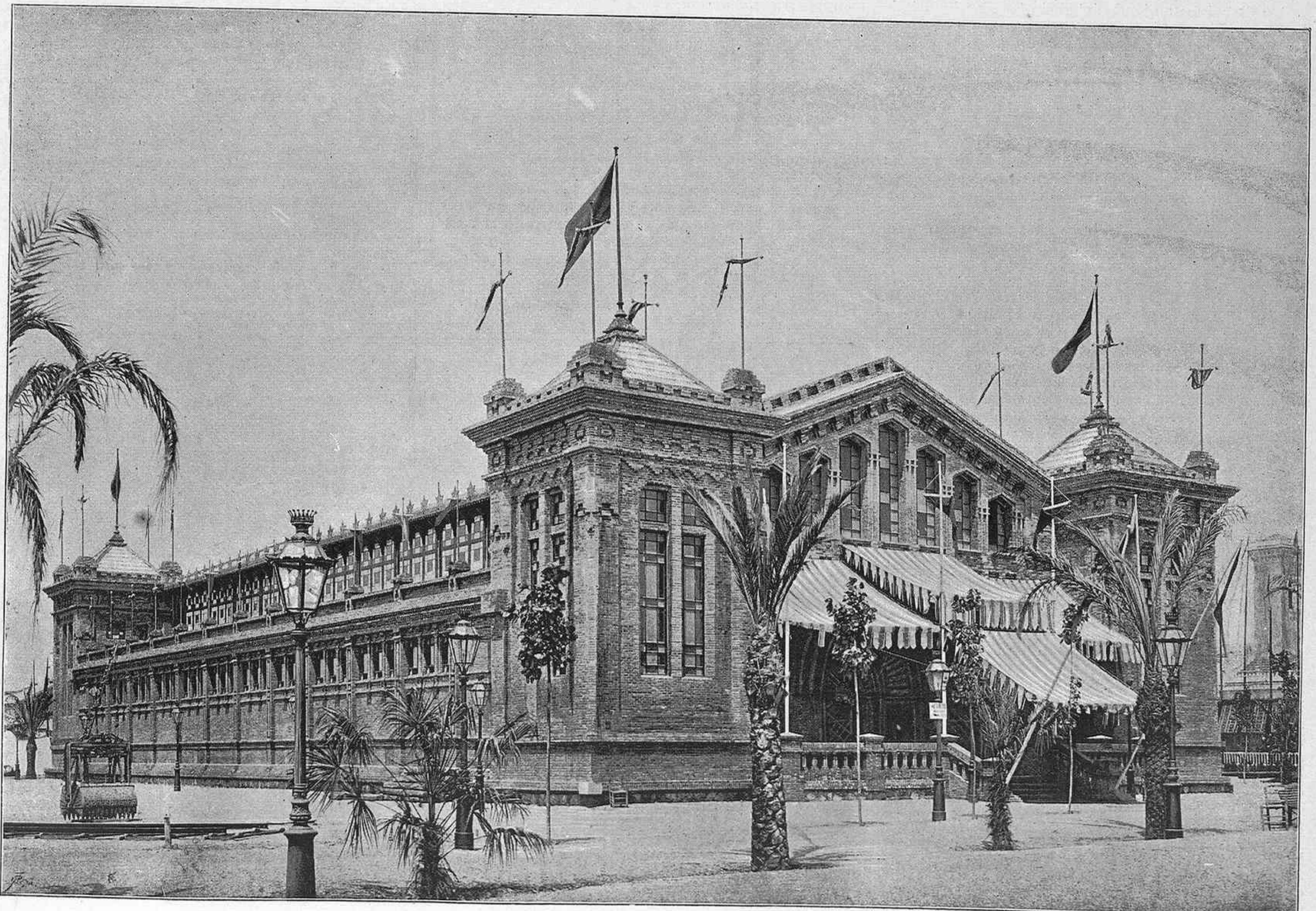
— Ante todo, señor don Germán, — replicó nuestro hombre, — dígame qué padece, que le encuentro en la cama á las tres de la tarde.

— Pues nada, que anoche tuvimos una junta en los jardines del Retiro; he estado escribiendo hasta las diez de la mañana, y con estos calores, me acosté á las once para descansar unos momentos; pero dígame usted, ¿en qué puedo servirle? — continuó el diputado o incorporándose en la cama.

— Es el caso, señor de Laredo, que reunidos el Ayuntamiento y los mayores contribuyentes, y después de una minuciosa discusión, se ha resuelto — (aquí el objeto del viaje y el Ministerio y el nombre de la Dirección donde el asunto ha de gestionarse, que por tratarse de un hecho no me atrevo á estampar); — he estado en la Dirección, y están ausentes de Madrid todos los jefes, y los oficiales y auxiliares no habían ido á la oficina.



Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIONES DE ESPAÑA



Exposición Universal de Barcelona. — PABELLON EN LA SECCION MARÍTIMA





Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIONES DE ESPAÑA

haya del asunto y le aseguro que en el tren exprés puede usted volverse á Aldehuela, que yo quedo encargado de todo.

Después de los cumplidos de ordenanza, se despidió don Salvador, dirigiéndose á visitar á un muy antiguo amigo suyo que habitaba en la calle de Cuchilleros, y á quien no tuvo el gusto de encontrar en casa porque estaba en los baños del Manzanera.

\*\*\*

Aquella misma tarde, don Germán Laredo, después de haber comido en los jardines del Retiro, y de haber paseado hasta las doce y media, hora en que acabó el concierto, se dirigió al Ministerio de..., donde, de la una ó una y media, solía ir todas las noches al despacho del señor ministro.

En esta tertulia de última hora, á que sólo concurrían los más íntimos amigos y algún periodista de los más allegados al gobierno, durante las noches del verano, se hablaba de política, se tomaba horchata y se murmuraba de los altos funcionarios que estaban veraneando, y que habían prometido volver á principios de agosto, sin haber regresado todavía.

Murmuraban de aquellos otros altos funcionarios que, encargados de las Direcciones de los ausentes, esperaban su llegada para encargarles de las suyas, y que pudiera publicarse el consabido suelto:

«Ayer publicó la Gaceta un Real Decreto por el que se dispone que, habiendo regresado á Madrid don Juan Berdolagas, director de..., cesa en el desempeño de dicha Dirección don José Pérez, director general de..., que á su vez salió anoche para las costas del Cantábrico.

»Deseamos á nuestro amigo un completo restablecimiento de su salud. — El señor Berdolagas ha quedado encargado de la Dirección de... y de la subsecretaría del Ministerio.»

No es muy activa nuestra Administración, pero en los meses de verano esta inercia sube de punto de un modo que espanta. Ausentes los jefes y con licencia la mayor parte de los empleados, hay Direcciones en que ni siquiera firma el jefe encargado más que cada ocho días; y el desbarajuste y el abandono llega á un grado imposible de describir.

Pero sigo en mi asunto.

Germán, después de haber saludado á los amigos, logró en el hueco de un balcón (es el sitio obligado para las conferencias íntimas con los ministros cuando hay mucha gente en los despachos) decir dos palabras al ministro de... en estos ó parecidos términos:

— Una comisión de Aldehuela ha llegado á Madrid esta mañana á propósito de (tal asunto); como Berdolagas está ausente, no han podido ver á nadie; y yo ruego á usted que me haga poner una carta con los datos que le daré al secretario particular, para que vean que me he ocupado del asunto. Advierto á usted, querido don Fulano, que este asunto, que es justo, es además vital para que se ganen las elecciones de diputados provinciales; con que, si usted no tiene inconveniente, dé orden que me pongan la carta.

El ministro, que sabe que Germán, sin ser orador, es hombre de empuje y gran cabildeador en el salón de conferencias, se dirige á su mesa, toca el botón de un timbre eléctrico, y á los pocos minutos entra el señor Ramírez, secretario particular de S. E.

— Ramírez, — dice el ministro, — ponga usted una carta á don Germán con los datos que le daré.

Salen el diputado y el secretario particular, y vuelve el segundo con una carta en la mano que, sin leer, firma Su Excelencia.

La conversación se hace general, y á las tres y media de la mañana se disuelve aquella reunión.

\*\*\*

A la mañana siguiente á las once, exacto como un cronómetro, llega don Salvador á casa de Laredo.

Después de saludarse muy afectuosamente, don Germán dice á don Salvador, entregándole la carta que dictó la víspera:

— Entérese usted de esto.

Lleno de emoción, don Salvador lee lo siguiente:

«Ministerio de... — Gabinete particular.

»Ilmo. Sr. D. Germán Laredo.

»Mi estimado amigo: He pedido los antecedentes relativos al expediente del pueblo de Aldehuela, que interesa su apreciable carta recibida anoche. En breve llenaré el expediente, y tendre mucho gusto, siendo los hechos tales cuales V. los refiere en su predicha carta, en hacer que se despache inmediatamente, quedando en dar á usted noticia del estado de este asunto.

»Esta ocasión me proporciona el gusto de repetirme de V. afectísimo amigo, S. S. Q. S. M. B.

Fulano de Tal.»

— Muchas gracias, señor don Germán, — dice don Salvador, — si usted no tiene inconveniente me lleve esta carta al pueblo; se leerá en sesión, y usted nos avisará por un telegrama cuando esté el asunto terminado.

Aquella tarde tomó el exprés don Salvador, y al día siguiente se lee en sesión la carta de S. E., y poco faltó para que se disparasen cohetes y se echasen las campanas á vuelo.

\*\*\*

Pero como nadie, absolutamente nadie, ni el ministro, ni el director, ni el diputado se han ocupado para nada del asunto, pasan tres meses sin que se resuelva.

Ya en noviembre, don Salvador escribe nuevamente al señor Laredo, manifestándole que ambos están en ridículo en el pueblo y que las cosas no pueden seguir así. Le contesta Laredo que con la reunión de las Cámaras no ha podido terminarse el asunto, pero que se despachará en breve.

Y transcurren otros dos meses.

A principio de año se recibe en Aldehuela la consoladora noticia de que ha sido nombrado director general de... don Germán Laredo.

— ¡Don Germán director general precisamente del centro donde ha de resolverse el negocio de Aldehuela!

No necesitó oír más nuestro don Salvador, é inmediatamente toma el tren para Madrid.

\*\*\*

A los cinco meses justos de su primer viaje á Madrid, es decir, el 15 de enero del año siguiente, nuestro buen don Salvador volvió á la corte, alojándose en la misma fonda de los Leones de Oro.

Con un frío de cuatro bajo cero, se dirigió nuestro hombre al Ministerio de..., Dirección General de..., donde don Germán era director.

Entró en la portería, y el espectáculo que se ofreció á su vista fué bien diferente al día de la primera vez.

El portero mayor, sentado en la misma silla y delante de la misma mesa, había añadido á su *toilette* un gorro de terciopelo encarnado, y en lugar de abanicarse leía la *Gaceta*; otro, aquel que en el verano limpiaba la librea, con ella puesta y con guantes de estambre verde, sentado cerca del brasero, echaba una firmita; un ordenanza, con americana y gorra, calentaba en él una cafetera y se recreaba mirando como comenzaba á *sudar* media tostada, que había colocado artísticamente sobre un pliego de papel de minutas, encima de la caja del brasero, para que á beneficio del calórico conservare aquella flexibilidad tan de apreciar en las *tostadas* de abajo.

— ¿Dónde va usted? — preguntó el portero mayor á nuestro provinciano.

— Deseaba ver al señor director general.

— Está en el Congreso.

— ¿Y el señor segundo jefe?

— Está en Sevilla, que tiene enfermo un pariente.

— Pues entonces desearía ver al jefe del Negociado.

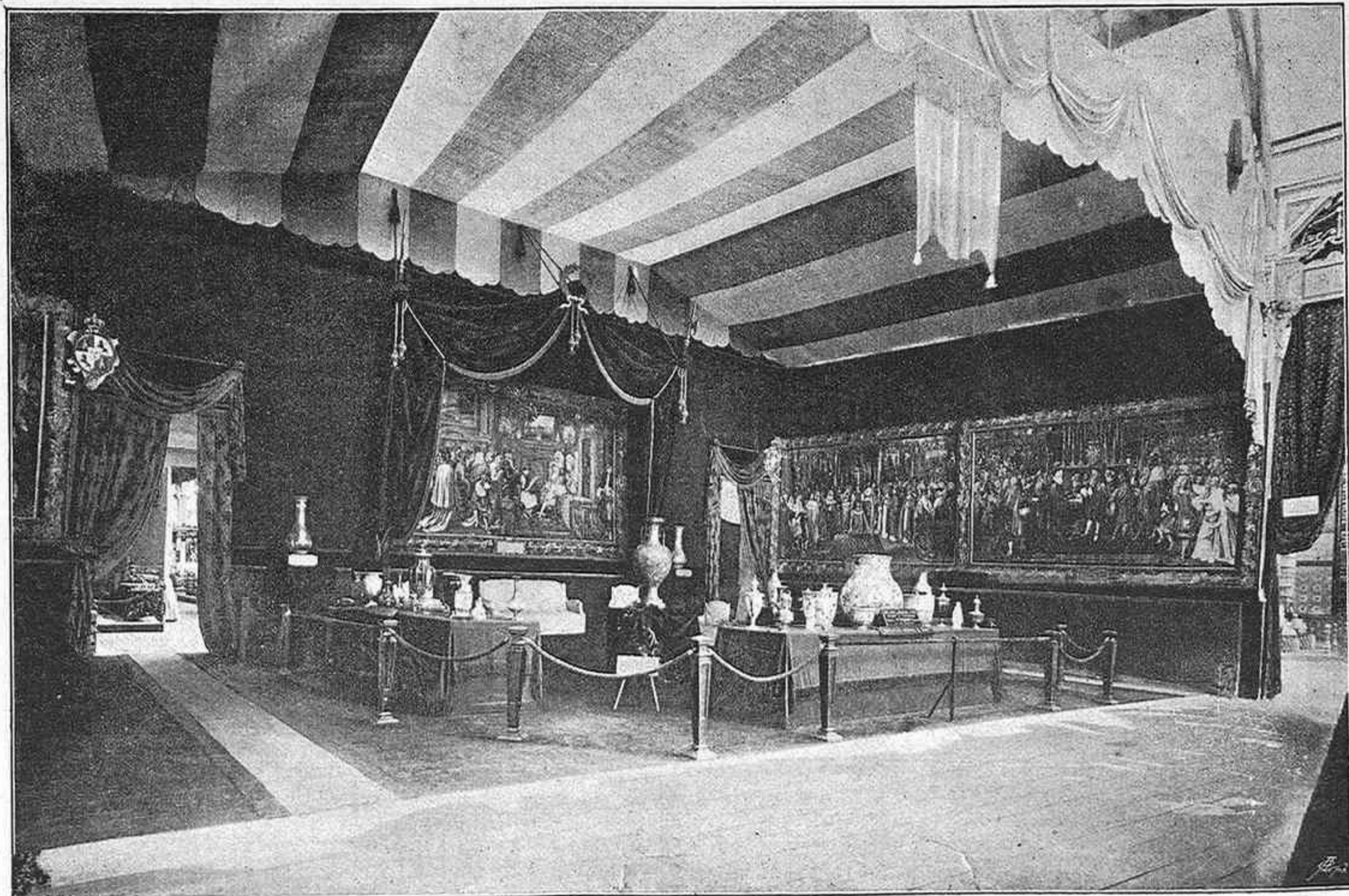
— El señor director ha dispuesto que en los negociados no se entre más que los miércoles de cuatro á cinco.

— ¿No podría ver al auxiliar?

— Pase usted.

Vuelve nuestro hombre á entrar en el mismo despacho en que estuvo en agosto.

Esta vez hay ocho empleados: dos están sentados al lado de la estufa; uno hace cigarros y el otro lee *La Correspondencia*.



Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIÓN OFICIAL DE FRANCIA. (Porcelanas de Sevres y tapices de los Gobelinos)

Los demás están sentados en sus mesas.  
 —¿Y el señor Pérez?— pregunta el portero que acompaña á don Salvador.  
 —Hace poco estaba aquí; pero en la casa debe de estar, porque ahí está el sombrero.  
 Y al decir esto señala á la percha donde campea el mismo hongo.  
 Don Salvador no quiere oír más; sin recordar para nada su intimidad con don Germán Laredo, flamante director, logra penetrar en el Registro general, y allí sabe que el expediente que le interesa ha tenido entrada en el Negociado hace sólo dos meses, y que no se despacha porque hay orden de no despachar los de su índole sin que haya un volante del jefe indicándolo así; y sabe más: adquiere la certidumbre de que nadie, absolutamente nadie ha recomendado su negocio; que, á pesar de ser justo, necesita recomendación para ser despachado.  
 Ha vuelto á Aldehuela; no se ocupa de la cosa pública, y cuando le hablan de Administración, exclama:  
 —La Administración española es un sombrero sin cabeza.

JUAN VALERO DE TORNOS

**EL AZÚCAR DEL CARBON DE PIEDRA**

De cuantas sustancias naturales conoce la química y utiliza la industria, ninguna existe tan importante, ni que haya dado tan variados productos como los carbones fósiles, de manera que si la química orgánica puede llamarse la monografía del carbono, la mayor parte de ella refiérese á los derivados de la hulla, sólidos, líquidos y gaseosos, á veces muy distintos, otras tan parecidos que sólo los diferencian meros caracteres físicos, siendo su isomería asunto de muchísimo interés científico. El carbón negro opaco é insoluble da los colores de la anilina y el ácido prúsico; de él se extraen el ácido fénico y el gas del alumbrado, y cuando se le destila produce alquitranes y breas, amoníaco, ácidos diversos, y puede decirse en general que en la hulla se contienen, y en número no escaso, representantes de todas las funciones químicas señaladas en el método de Berthelot. Quiero ocuparme en uno de estos derivados singularísimos del carbón de piedra, en las propiedades de un azúcar nitrogenado poco ha descubierto y que ahora comienza á estudiarse desde los puntos de vista químico é higiénico, confiando algunos en que la sacarina — nombre dado al azúcar en cuestión — ha de resolver determinados problemas, dando á la Medicina eficaces medios de combatir dolencias que hasta el presente no han podido todavía remediarse. Por otra parte, el enorme poder sacárico del nuevo azúcar hace pensar en que acaso pudiera utilizarse como alimento, idea muy recientemente combatida, con razonamientos de gran valía, por M. Girard, ya que la sacarina no es asimilable en el organismo y se expele en la orina sin modificaciones reconocibles, cualidad que la asemeja al ácido salicílico, no muy distante de ella en lo referente al modo de constituirse y á su fórmula química.  
 Trátase, pues, de un cuerpo notable, nada fácil de obtener, y cuyo origen es menester buscar en otra sustancia hidrocarbonada derivada de la hulla, en el tolueno, pró-



Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIONES DE SUECIA Y NORUEGA

ximo pariente del ácido benzoico. Así, no es la sacarina producto primario, sino consecuencia de variadísimas acciones químicas, nada fáciles de entender, y que no pueden, á lo menos en el momento presente, relacionarse con el sabor dulce que el nuevo azúcar manifiesta, aun siendo muy poco soluble en el agua: verdad es que á cada punto surgen las mismas obscuridades en el estudio de los derivados de la hulla, y la formación de este mismo cuerpo ignorábase hasta hace poco que Fremy acertó á explicarla de manera satisfactoria.

Cuando se descubre un cuerpo dotado de un carácter tan saliente como la sacarina, ocurre, en primer término, clasificarlo, buscando sus analogías, á fin de explicarse los mecanismos que le dieron origen, su manera de actuar con los distintos reactivos y todas aquellas propiedades características de la función química á que pueda pertenecer, dado su modo de constituirse. En punto á ello y aun dejando á un lado aquellas investigaciones puramente hipotéticas respecto del sistema de reunirse los elementos ó los grupos atómicos dentro de la molécula del compuesto, no puede menos sino admitirse la dependencia y enlace de las reacciones de cada sustancia con su manera de formarse, ya que en sus propiedades todas parece verse algo semejante al sello de origen: recuérdese sino el último resultado de todos los análisis orgánicos en los cuales venimos á parar siempre en el elemento carbono,

y el modo admirable como se realizan las más bellas síntesis atendiendo sólo á las cualidades químicas de los cuerpos estudiados. Aplicando semejante criterio á los nuevamente descubiertos ó obtenidos, que todos los días acrecientan el tesoro de la Química, se llegan á hacer estudios tan notables como el de la sacarina, cuyo conocimiento, si de reciente data, es de tal suerte completo, en lo referente al modo de producirse, que hay distintos medios de fabricarla, aun sin estar bien determinados sus mismos caracteres químicos.

Cupo á los químicos norte-americanos Remsen y Fahlberg, la suerte de haber aislado por vez primera la sacarina el año de 1879, estudiando los derivados de sustancias muy complicadas, procedentes de otras, á virtud de acciones químicas de tal índole, que en ellas intervienen radicales y grupos pertenecientes al nombrado tipo amoniaco. Mlle. Ana Wolkow había aislado la primera materia de la sacarina cuando logró obtener y describió las cresilsulfamidas, cuerpos rarísimos que dan, mediante ciertos oxidantes, una materia poco soluble en el agua y de sabor muy azucarado: la sacarina de Fahlberg. Se trata, pues, de una de aquellas sustancias químicas nombradas imidas, y no ciertamente de las más sencillas, sino de esas cuya nomenclatura es difícil: de la imida ortosulfobenzoica, resultante de la deshidratación del ácido sulfamidobenzoico. A fin de comprender el significado de semejantes términos, imagínese el lector el carburo tolueno, nombre que al punto recuerda el bálsamo de tolu tan usado en Medicina, y que este tolueno se trata con ácido sulfúrico, cuidando de no pasar la temperatura de cien grados centígrados; de la acción química resultan dos ácidos sulfúricos particulares é isómeros, los que pueden dar sales con la cal, sales descomponibles mediante el sodio, formándose sales sódicas. Tenemos, pues, una primera serie de metamorfosis, desde el tolueno y el ácido sulfúrico á dos especies de sales mezcladas, con base de sosa, en cuyos ácidos entran los elementos del sulfúrico y los del hidrocarburo originario. Desecadas las sales sódicas, se comienza nueva serie de metamorfosis al tratarlas por el tricloruro de fósforo y el cloro gaseoso y bien seco, de donde resultan nuevos compuestos luego de destilada la mezcla y enfriada; resultan el pirocloruro de tolueno sólido y cristalizado y el ortosulfocloruro de tolueno líquido, base de otros cambios. En estas reacciones sucede una cosa muy sencilla: son meras substitutiones del hidrógeno por el cloro, eliminándose varios cuerpos de las sales empleadas. El ortosulfocloruro de tolueno puede tomar algunos elementos del amoníaco, convirtiéndose en ortosulfamida apenas soluble en el agua, y este cuerpo da con el permanganato potásico una sal alcalina, que tratada convenientemente por el ácido clorhídrico, se transforma en benzosulfimida ó sacarina. También se origina, cuando se transforman en ácidos orto y piroclorobenzocícos, valiéndose de oxidantes los ácidos orto y piroclorobenzocícos y luego se procede como si se tratara de los ácidos sulfurados del tolueno. Ambos procedimientos son industriales, y aun cuando parecen de extremada dificultad, se vencen las complicaciones siempre que se tenga presente que la elevación de temperatura, tratándose de sustancias no bien determinadas y muy inestables, es causa de nuevas metamorfosis, y que agentes tan enérgicos como el ácido sulfúrico y el permanganato potásico deben manejarse con sumo cuidado á causa de sus tendencias á oxidar y destruir las materias orgánicas, y basta



Exposición Universal de Barcelona. — INSTALACIONES DE ESPAÑA

recordar que la mezcla de ambos inflama el alcohol y quema el papel. Quitando á los cuerpos usados aquellos nombres extraños exigidos en la imperfecta nomenclatura química actual, cuando quiere en una palabra expresar el origen de toda substancia y sus componentes, redúcese el procedimiento de obtener sacarina á transformar en imida un ácido sulfurado del tolueno, ya partiendo de éste y del ácido sulfúrico, ya de otros ácidos sulfurados y de los oxidantes conocidos en la Química.

El resultado de los cambios relatados es un cuerpo sólido blanco, cristalizado en prismas gruesos y achatados, bien definidos, apenas solubles en el agua, á cuyo líquido dan sabor tan dulce cual si estuviera saturado de azúcar. La sacarina tiene además otras propiedades singularmente curiosas: semejante á la urea, únese á los álcalis y forma sales muy solubles en el agua y muy azucaradas; el bicarbonato sódico en disolución disuelve la sacarina, también soluble en el agua caliente, cristalizando, por enfriamiento, con mucha facilidad. Al examinar las acciones de los disolventes neutros sobre el azúcar del carbón de piedra, nótese ya las extrañas propiedades de semejante cuerpo. Como en el agua, se disuelve mejor en el alcohol caliente, apenas es soluble en el éter sulfúrico y en el éter del petróleo, y se disuelve en la glicerina y sobre todo en el jarabe de glucosa, siendo esto motivo de uno de sus principales usos, la falsificación del azúcar cuando ha de emplearse para hacer licores ó bebidas dulces.

Es el sabor en extremo azucarado lo que principalmente distingue á la sacarina, y á fin de tener idea de su poder sacárico conviene tener presente su escasa solubilidad en el agua. Con efecto, un litro de este líquido disuelve apenas dos gramos y medio del nuevo azúcar, del cual es suficiente un gramo para endulzar hasta setenta litros de agua, lo que significa que es 280 veces más dulce que el azúcar de caña. Semejante dato tiene mucha importancia: trátase de un cuerpo amidado, de constitución difícil y de acciones químicas especiales que llegan hasta desalojar el ácido bórico de sus compuestos y al propio tiempo casi insoluble y de dulcísimo sabor. Añádanse á tal carácter sus demás cualidades. La sacarina es un azúcar que no fermenta como la glucosa ni se altera en el organismo; al parecer no es venenosa, huele un poco á almendras amargas, aunque los insectos huyen de ella, y con ser tan dulce no agrada á hormigas, moscas y abejas tan aficionadas al azúcar. Fija á 100 grados, fusible á 118 y vaporizable á 150 descomponiéndose, no reduce las sales mercuríacas ni las de plomo, tiene marcado carácter ácido y forma sales con los alcaloides, siendo difícil hacerle perder su sabor dulce aun combinándola con la quinina. Cuanto hasta ahora se sabe de la sacarina permite separarla del bien definido grupo químico de los azúcares, ya que en lugar de fermentar y metamorfosearse de igual manera que ellos se transforman, es antipútrida y detiene ó impide las fermentaciones si el medio en el cual deben efectuarse no está ácido. Además carece de toda acción sobre el organismo, no es venenosa; pero se expele en la orina apenas descompuesta ó cuando más transformada con el ácido benzoico sulfoamidado de donde procede.

Al punto de conocidos y bien comprobados los anteriores caracteres y luego de haber visto cómo los carbonatos alcalinos, sin alterar la sacarina aumentaban su solubilidad en el agua, se pensó en utilizar este singularísimo cuerpo, pensando, á causa de su inocuidad, que substituyera al azúcar en varios casos, se aplicara en la Medicina y entrara en el número de los alimentos. Fahlberg, seducido acaso por las cualidades de la substancia obtenida en su laboratorio, pensó en fabricar un producto compuesto de glucosa extraída de la uva ó preparada de la fécula y sacarina, capaz de reemplazar al azúcar de caña ó al de remolacha en diferentes usos, y no iba descaminado en sus intentos cuando demostró que un gramo de glucosa añadido á un kilogramo de sacarina da un azúcar al parecer igual al de la caña, aunque de él se distingue por aquello que principalmente caracteriza los azúcares. Llegados aquí, surge ya el problema de las presentes y futuras aplicaciones de la sacarina, problema relaciona-

do con la higiene sobre todo. Diferentes experimentos se han practicado con objeto de investigar sus usos medicinales y la conveniencia de emplearle en la alimentación ordinaria. M. Stutzer de Bonn hizo repetidos experimentos, llegando á demostrar que la sacarina, aun en cantidades considerables, no perturba ni altera la función del jugo gástrico en una digestión artificial, actuando de continuo como antiséptica; para Salkowski actúa sobre el jugo pancreático y la saliva, impidiendo sus funciones sacarificantes, suponiendo un medio ácido, en cuyo caso no impide las alteraciones de la albúmina; sin que esto signifique afirmar caracteres venenosos en la sacarina, porque pueden ingerirse en el organismo diez gramos diarios impunemente. Hay, pues, datos suficientes para suponer que el nuevo y singularísimo azúcar destruye varios alcaloides ó impide que el organismo lo absorba, y así, algunos fabricantes han querido añadirla á la cerveza, á cuyo líquido comunica buen sabor y excelentes cualidades que los bebedores aprecian.

Los sabios de Turín, Aducco y Mosso ensayaron de diversas maneras la sacarina y llegaron á probar que se elimina por la orina sin alterarse en el organismo, no tiene, á la larga, acción alguna sobre el aparato digestivo, no altera la orina, no se elimina sino por semejante medio, de cualquier modo se absorbe con tal rapidez, que á la media hora de ingerida se acusa su presencia en las secreciones urinarias. En vista de lo expuesto y bien averiguados los caracteres referidos, pronto nació el intento de aplicar la sacarina como medicamento, creyéndose ya que la terapéutica poseía el medio de dar substancias azucaradas á los diabéticos, problema importante y hasta el presente no resuelto. Hay, no obstante, una circunstancia que distingue la sacarina de los azúcares. La nueva substancia no es un alimento, porque ni se modifica, ni en nada altera los jugos de la digestión si no están muy ácidos; de consiguiente puede ser mero vehículo, que combinado con materias amargas ó de mal sabor las endulce mejor que el jarabe y la glucosa.

El afamado químico francés M. Ch. Girard ha publicado recientemente un artículo lleno de atinadísimas observaciones acerca de la sacarina. Con justicia se alarma de las falsificaciones que puedan hacerse con el nuevo azúcar, capaz de dar al comercio productos dulces, de excelente sabor, pero de ninguna potencia alimenticia, ya que nada de ella queda en el organismo, y añade que, de

consentirse el empleo del azúcar del carbón, pueden usarse grasas y harinas no alterables, y hacerse pastas y confituras que pasen por el organismo sin alterarse lo más mínimo, y no hay jamás derecho, aun tratándose de substancias inofensivas, á darlas como alimento, no siendo alterables en las funciones digestivas. Aun así, la importancia de la sacarina es muy grande desde el punto de vista químico. Trátase de un cuerpo complejo derivado de la hulla después de complicados mecanismos y de acciones químicas, si conocidas en cuanto á sus resultados, no bien determinadas en los estados intermediarios del fenómeno. Es frecuente observar este género de metamorfosis en las que cuerpos ácidos sulfurados se apropian de cualquier modo cuerpos amoniacaes, constituyendo esas substancias nombradas imidas á las cuales pertenece la sacarina.

Cuando nos encontramos en determinadas circunstancias químicas y en presencia de lo que en las doctrinas atómicas se nombra moléculas complejas, siempre inestables, se piensa en el inmenso ciclo de metamorfosis de materias semejantes al carbón, cuyos desdoblamientos aun no son por entero conocidos, y cuesta trabajo pensar cómo de la masa negra, opaca é insoluble se llega á la dulce sacarina.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

#### NOTICIAS VARIAS

**LAS MINAS DE RUBÍES BIRMANIA.**—Una expedición inglesa ha partido de Mandalay para ocupar la región de las célebres minas de rubíes birmanícos, que se encuentran á unas 70 leguas de la capital. La marcha de esta compañía ha sido muy difícil y lenta, pues apenas ha hecho 6 millas por jornada. Pero ha teni-

do que tomar á viva fuerza las estacadas de los indígenas, abrirse paso á través de la poderosa vegetación de un bosque tropical, vadear muchos ríos y franquear, en fin, una altura de 600 pies.

Pero después de tantas fatigas y peligros llegó felizmente á Moguk, centro de la explotación minera, y muy pronto sabremos á qué atenernos sobre esos famosos yacimientos, cuyo valor, conocido de casi todos los que visitaron el Oriente en la Edad media, ha sido sin duda exagerado. Las minas de rubíes birmanos están descritas sobre vagas noticias en la obra clásica de Taberner, el cual indica que producen, además de los rubíes, espinelas, topacios amarillos, zafiros blancos y azules, jacintos y amatistas.

El primero que visitó estos yacimientos fué el padre José Anato, en 1830.

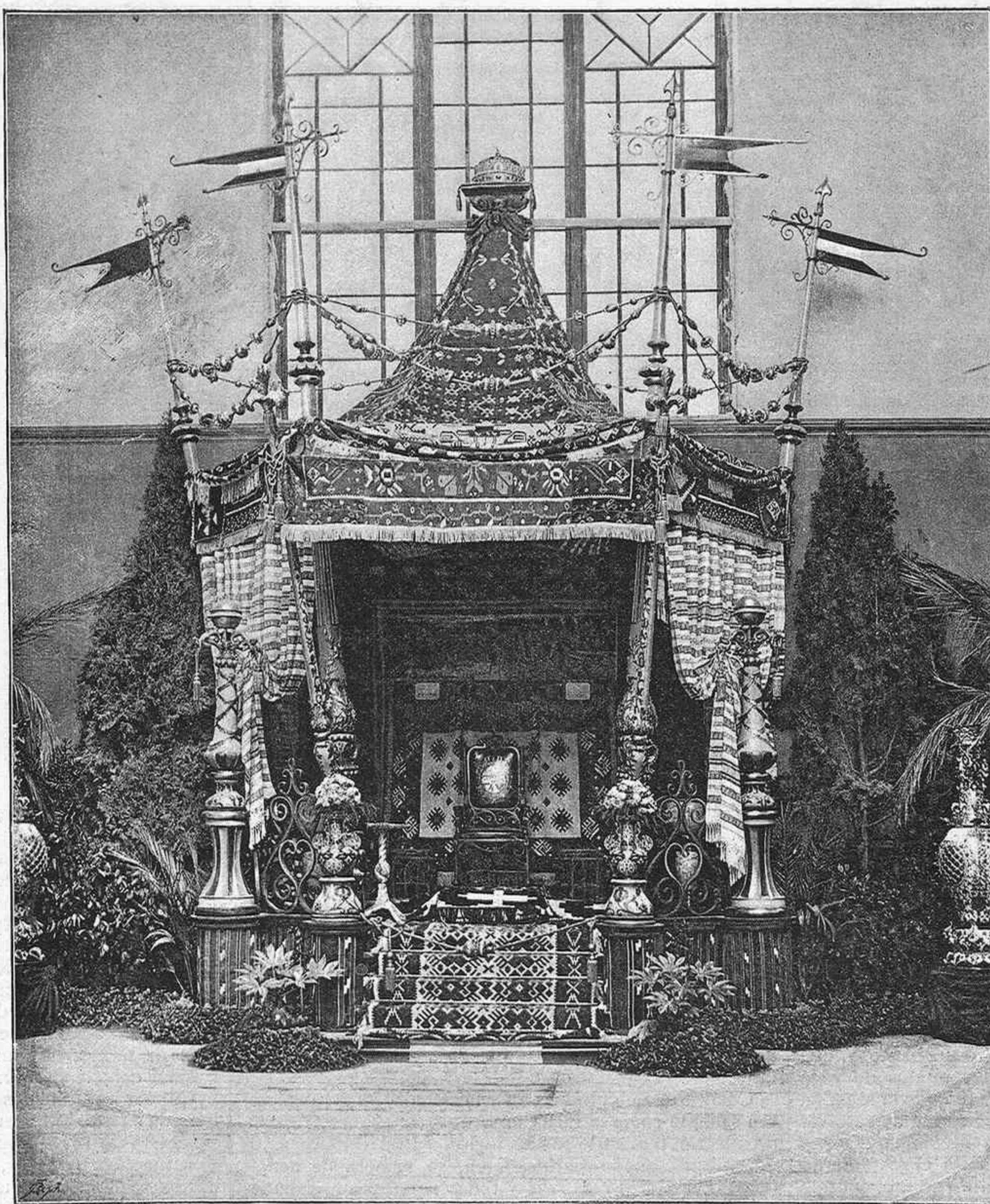
Por la adquisición de las minas de Moguk, el gobierno inglés está ahora en posesión de los principales criaderos de piedras preciosas del mundo, y especialmente de rubíes. Existen, poco conocidos, en el Badakshan de China, pero los más importantes son los de Birmania y de Golconda, los de Australia y los de Ceilan.

Sin embargo, por la dificultad de la vigilancia, y por falta de tentativas de seria explotación, es de creer que Inglaterra no sacará más provecho de las minas que acaba de adquirir que de todas las de diamantes, esmeraldas y oro que le pertenecen en la India y que le dan hoy ínfimos rendimientos. Hasta las minas de diamantes de Ceilan, que en otro tiempo tenían celebridad fabulosa en todo el Oriente están hoy muy decaídas: su explotación, abandonada á la iniciativa privada, no produce más de 250,000 francos anuales.

\*\*

**LOS CENTENARIOS.**—Acaba de morir en Muro (Córcega) un hombre que contaba la respetable edad de ciento trece años, tres meses y veintidós días. Marchetti (Juan Antonio) había nacido en Zilia el día 1.º de mayo de 1775. Entró en el ejército en 1793, y siguió á Napoleón Bonaparte desde el sitio de Tolón hasta Marengo, en cuya jornada fué herido gravemente. Fijó luego su residencia en Muro y se casó cuatro veces.

(De La Nature)



Exposición Universal de Barcelona. — PABELLÓN DE HONOR EN LA INSTALACIÓN DE HUNGRÍA